

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

POR REVULSION EL MUNDO DE BAROJA

(I)

Al construir literatura (y a menudo antiliterariamente) su mundo, Baroja ha desarrollado por lo menos tres temas: el suburbano —en un sentido de la palabra «suburbano» que ya casi ha dejado de tener vigencia en nuestras ultrasuburbanas ciudades—, el cosmopolita y el de la acción. El primero —que trata sobre todo en la trilogía «La lucha por la vida» (La busca, Mala hierba, Aurora roja)— equivale a la descripción de la vida ciega. El segundo —de que se ha ocupado en las trilogías «Las ciudades» (César o nada, El mundo es así, La sensualidad perversa) y «Agonías de nuestro tiempo» (El gran torbellino del mundo, Las veleidades de la fortuna, Los amores tardíos)— equivale a la descripción de la vida absurda. El tercero —que se extiende desde «Zalacain, el aventurero» hasta las «Memorias de un hombre de acción»— tiene por objeto la vida aventurera. Estos temas se hallan con frecuencia entremezclados: la vida ciega es, a la postre, absurda, y hay en ambas mucho de aventura; la vida aventurera es bastante absurda y tiene no poco de ciega. Entreverados con estos temas se halla el de la vida intelectual —explícitamente manifiesto en los «Ensayos» diversos y en la trilogía «La raza» (La dama errante, La ciudad de la niebla, El árbol de la ciencia), pero latente dondequiera se expresen las opiniones más o menos (por lo común, más que menos) atrabilarias del autor.

A veces estos temas se convierten en «mundos» —como sucede con la vida suburbana—, de modo que cabría hablar de un entrelazamiento de mundos con los que se teje el universo barojiano. Las líneas generales de este universo —que seguiré llamando, en singular, «mundo»— serán mi tema. Se puede discutir si Baroja fue un gran escritor o un impenitente —o irascible— plumífero, pero hay pocas dudas que tuvo un «mundo» y que éste fue construido lingüísticamente, con todos los medios que la retórica antirretórica puede proporcionar.

Se ha dicho con frecuencia que la novela de Baroja no está construida, o, lo que viene a ser lo mismo, que está mal construida, que toma y deja a los personajes al azar, que no se preocupa en lo más mínimo de penetrar en sus móviles e intenciones, etc. Hay que reconocer que todo eso es cierto —aunque a estas alturas, con todo lo que le ha pasado a la novela (incluyendo el haber dejado de serlo) no es nada alarmante—. Por lo demás, Baroja declara lealmente cuáles son sus propósitos y, por lo pronto, el de no hacer literatura. En el «Prólogo» a «La dama errante» manifiesta que el valor de sus libros (si alguno tienen) no es ni literario ni filosófico; «es más bien psicológico y documental». No es muy claro lo que Baroja entiende por estos dos términos, y es menos claro aún lo que tiene en la mente cuando escribe, en el mismo «Prólogo», que, dado que relata en sus novelas acontecimientos de la vida española actual, ello «les da un carácter de cosa pasada y momentánea, muy alejado del aire solemne de las obras serias de la literatura». No despeja tampoco la cosa el concluir que «en el fondo, yo soy un impresionista». Pero no es un azar, y constituye una buena clave para la comprensión del universo (mundo) de Baroja, el hecho de que se crea obligado (y no es ni la primera ni la única vez que lo hace) a comenzar una novela disertando sobre su alcance o falta de alcance. Baroja empieza, sigue y termina con negaciones, y esto no por prurito negativista o nihilista —aunque haya mucho de

él en su obra—, sino porque se le antoja que negar es desengañar y desenmascarar. Se trata de quitarle la máscara no sólo a las cosas y, sobre todo, a las personas («El ilustre doctor, afeitado y rapado, tenía todo el tipo de un hortera»), sino también al modo de describirlas. Toda «gala retórica» le inspira repugnancia, como si fuesen «adornos de cementerio», insinceridad e hipocresía.

Lo primero que hay que hacer, pues, es podar al universo de todo aderezo y atavío, recobrar el sentido de la realidad, sepultado por tópicos, frases huecas, convenciones estúpidas. «Probablemente será de mal gusto —dice un personaje en «La ciudad de la niebla»— suponer que esas damas tienen vísceras, aunque quizá la moda haya cambiado hace unas semanas y sea el colmo del buen tono decir: riñón, vejiga y bazo. Si; la vida está hecha de mentira, de romanticismo y de farsa, el hombre es un macaco aquí (en Inglaterra) como allá (en España); aquí es un gorila rubio, allá tira a moreno, en el fondo es la misma cosa: son los mismos orangutanes con diferentes collares.» En vista de ello, los «antis» son indispensables; en todo caso, no son lo que en Baroja falta.

El ser, por ejemplo, «anti-espectacular», el aborrecer las apariencias. «El dandismo del doctor —escribe en «La dama errante»— no se concretaba a las ideas y a los sentimientos, sino que se traslucía también en la figura y en el traje. Aracil gastaba un poco de melena, llevaba la barba larga y puntiguda: los quevedos, de concha, con la cinta gruesa; el sombrero, de copa, con el ala más plana que de ordinario, y levita. No usaba nunca gabán.» Lo malo es que las apariencias se llevan por delante las realidades: el pequeño detalle de no usar gabán «había dado (al doctor) más clientela que todos sus estudios».

El ser antirretórico y antiverbalista; el citado doctor Aracil es un blanco casi perfecto: «Tomaba una idea encerrada en una frase y la cambiaba mudando caprichosamente una de las palabras. Como lo mismo le daba asegurar blanco que negro, y no le importaba contradecirse, le era fácil el retorcimiento de la idea.» Todo lo cual se comprende cuando se considera que el doctor en cuestión seguía la detestable costumbre de «los oradores y poetas, y más si son latinos», que al decir una palabra no piensan en la cosa, ni siquiera en la idea, sino que se quedan en la palabra, como si ésta fuese, y seguramente para ellos lo es, la propia realidad.

El ser anticasticista y antiarcaizante. «Este mi señor don Blas —le hace decir Baroja a un pianista que imitaba a Carreño, el cual imitaba a su vez a los antiguos hidalgos más o menos alambicados—, queriendo y agareno amigo, ha tenido la dignidad de presentarme a su mercader como un hijo predilecto de Euterpe; pero no soy, aunque me pesa, y su mercader lo habrá podido comprobar con el arroyán de su buen juicio, más que un pobre, cuanto humilde aficionado al trato de las musas, que labora con estas sus torpes manos en amenizar las veladas de los socios, en las frigidísimas noches del helado invierno.» Algo así como las burlas de Cervantes contra los ultramarforistas: «Apenas la blanca aurora había dado lugar a que el tuciente Febo...», y todo lo que sigue, o las de Antonio Machado contra los que hablaban de lo que acontece (o acaece) en la rúa en vez de decir: «lo que pasa en la calle».

Entre los «antis» de Baroja, el anticlericalismo es ya proverbial y muy «fin de siglo»: Andrés, probablemente el «alter ego» de Baroja en «El árbol de la ciencia», aprende de las

prostitutas que «entre los dueños de las casas de lenocinio (que, dicho sea de paso, se podría decir sin tantas precauciones) había personas decentes; un cura tenía dos y las explotaba con una ciencia evangélica completa». Baroja ve a España bajo las garras de fuerzas reaccionarias: «Sin duda faltaban laboratorios, talleres para seguir el proceso evolutivo de una rama de la ciencia; sobraba también un poco de sol, un poco de ignorancia y bastante de la protección del Santo Padre, que, generalmente, es muy útil para el alma, pero muy perjudicial para la ciencia y para la industria.» Es obvio que los tiempos han cambiado mucho, pero no sé si el anticlericalismo de Baroja hubiera cambiado con los tiempos: a fines y a principios de siglo Imperaba un anticlericalismo menos cultural e histórico que visceral y fisiológico. Visceral y fisiológico era también la actitud que empujaba a Baroja a poner en boca de Ituriz estas palabras: «Yo creo que hay que levantar, aunque sea sobre ruinas, una oligarquía, una aristocracia individual, nueva, brutal, fuerte, áspera, violenta, que perturbe la sociedad, y que inmediatamente que empiece a decaer sea destruida. Hay que echar el perro al monte para que se fortifique, aunque se convierta en chacal», todo lo cual lo hubiera podido decir igualmente «mutatis mutandis» Manson, Goebbels, Nietzsche y acaso Abeitia: la salud social por la fuerza es uno de los sueños más persistentes de los solitarios, los desesperados, o los escépticos. Nada de ello, sin embargo, hace necesariamente de Baroja un nietzscheano, un anarquista o un prenazi «avant la lettre». En España, actualmente, hay estos dos criterios: el del conservador, que lo mismo puede tener la etiqueta de integro como la de anarquista, que dice: «Esta es la ciencia oficial, la política oficial, la literatura oficial? Pues ésta, buena o mala, es la respetable.» Y el del no conservador, que es todo hombre que discurre, que ha llegado a tal desconfianza por lo sancionado, que dice: «¿Esta es la literatura oficial, el arte oficial, la ciencia oficial? Pues éste es el malo.» Pero como entre uno y otro criterio, «no hay transacción posible», resulta que «no se afirma nada en España». Las negaciones de Baroja tienen un límite, y éste es el de la negación por la negación. Se niega, sólo para mostrar que toda exaltación e idealización, vengan de la derecha o de la izquierda, son un fraude, una trampa en la que los españoles han venido cayendo desde que comenzaron a andar por la historia a bandazos: «No hay pueblo en el mundo —escribe Baroja en los «Pequeños ensayos»— que haya hecho sin éxito y haya defendido cosas diversas con tanto tesón, con tanta habilidad y hasta con tanta estupidez.» «Lo único que no se ha ensayado todavía —agrega— es algo sensato, tranquilo, relativo, sin estúpida retórica y a base principalmente de trabajo.»

Convenía poner esto de relieve para que no se crea que «el mundo de Baroja» es simplemente la visión de un hipochondriaco o de un maniático. Como veremos pronto, el odio, la incomodidad, la mentecatez, la chulería, el dolor, la inseguridad y el desorden son más abundantes en ese mundo que el amor, la amistad, el desinterés, el bienestar, la alegría, la esperanza, la limpieza, la seguridad o la armonía. El mundo que Baroja describe puede, muy bien no ser el que prefiere. Pero en un escritor la estética no le va a la zaga a la ética. O, si se quiere seguir dar preeminencia a la ética, debe convenirse en que en Baroja, y en otros escritores, ésta opera, como si dijéramos, «por revulsión».

J. FERRATER MORA

HA OCURRIDO ANTES

Yo no diré, ni mucho menos, que estemos viviendo en el mejor de los mundos posibles. Pero también me parece abusivo que se intente crear en el ánimo de las gentes más suspicacias de las que la realidad aconseja. Existe, sin duda, una cierta, torva manobra encaminada a desacreditar la «época». En el fondo, se trata de eso: «las cosas van mal». Y, desde luego, «las cosas van mal». No sólo ahora: siempre. La humanidad, en sus leyendas, ha imaginado unos estudios remotos de la historia, cuya consistencia feliz perdura como nostalgia o como acicate: pongamos «el Paraíso terrenal», o «la Edad de Oro», o el «comunismo primitivo». Estas hipótesis considerablemente idílicas dieron paso a los siglos «normales», los «verdaderos», con el dolor y el hambre, la muerte y el odio, la estupidez y la opresión, convertidos en perspectiva fatal, o casi. Lo que llamamos «progreso» viene a ser, en resumidas cuentas, el propósito acumulado de ir poniendo remedio a la desgracia. Hoy disponemos de aspirinas, teléfonos, pollos de granja, «habeas corpus», libros de bolsillo, pulmones de acero, aviones, mil oportunidades afebles, que certifican el nivel de ventajas a que hemos llegado. Si son ventajas mal repartidas, desde el punto de vista geográfico o de clases, el asunto ya entrará en un orden diferente de discusiones. Lo que importa es que estén ahí... Y lo repito: se advierte una extraña voluntad —y hasta voluptuosidad— en echarles mala fama.

El ataque no se centra, naturalmente, en el aspecto «positivo» que los chismes útiles, los fármacos, las pequeñas libertades, ofrecen de manera limpia y palpable. Se dirige, más bien, a su contexto, o a unas presuntas consecuencias que se califican de «nocivas», «molestas», e incluso «criminales». Una ojeada a los papeles impresos, un rato ante el televisor, los discursitos que difunde la radio, recogen y propagan la alarma. Un día será, por ejemplo, la

«polución del aire»; otro, un «secuestro aéreo»; después, o a la vez, los estragos del «erotismo», de la «droga», de la bohemia «hippy». «La sociedad de consumo favorece la delincuencia», leo en un periódico, estos días, con citas de sociólogos suecos. «La familia se resquebraja», olaman los últimos predicadores. «Aumenta la insolencia de los estudiantes, o de las mujeres, o de los obreros, o de los filatelistas», constatan los sismógrafos del ramo. Y así sucesivamente... Los episodios denunciados suelen ser irrecusables, por supuesto. Nadie los sabría negar. Sin embargo... Sin embargo, el dato sufre una extorsión capciosa. Con premeditación y alevosía, quienes lo manejan procuran cargar las tintas y sugerir la idea de esto es el acobardo: una víspera del reino del Anticristo, un caos sin precedentes, una amenaza de depravación y oprobio literalmente intolerable. El vecindario, pasivo, se siente intimidado.

En todo caso, conviene salir al paso de tanta superchería. Lo menos que se puede pedir es que una verdad esencial quede bien clara: todo lo que ocurra hoy, «mutatis mutandis», ha ocurrido antes. Ha ocurrido siempre, si se me permite una ligera hipérbola. No hace falta ser un erudito para saber que, en definitiva, la «depravación de las costumbres» resulta actualmente bastante tímida, si la comparamos con cualquier tiempo anterior, Babilonia o Grecia, la España de la Filipada o la Francia de los Luises, la Edad Media o el Renacimiento. El coro de la catedral de Toledo o las piedras góticas de la Lonja de Valencia contienen más obscenidades que cualquier publicación de «sex-shop», y ni los canónigos ni los mercaderes que las pagaron —ni sus sucesores, que las conservaron—, se sintieron excesivamente «en peligro». Es un caso. La vida nunca pudo dejar de ser aristofanesca, goliardesca, aretinesca. Las más escandalosas pornografías de moda no resisten la competencia, literaria o gráfica, de

algunos clásicos consagrados. Yo sospecho que, en una media de tipo estadístico, nuestros contemporáneos son más «virtuosos» que generaciones precedentes, incluyendo las fascinadas por la «pruderie» victoriana... «Nihil novum sub sole», dice el libro. La experiencia salomónica data de milenios.

Y, como eso, lo demás. Nunca faltaron «piratas». Ahora asaltan aviones, porque es lo más asequible; antaño se dedicaban a los barcos, y, en su modalidad de «bandoleros» en tierra firme, por los caminos reales, a las diligencias y a los carros de mercancías. Las «drogas» han variado, pero la afición a tomarlas es antiquísima: léanse la Odisea y el Antiguo Testamento. Y desde que hubo aulas, hay altercados discentes. La efervescencia social, más o menos subversiva, es «consustancial» con la sociedad. La «contaminación atmosférica», que parece ser una penosa hipoteca de las zonas superindustrializadas, con muchas fábricas y muchos automóviles y mucha basura consumista, ¿es algo «peor» que las pestilencias y que los demás agobios morbosos que padecieron nuestros abuelos? La civilización urbana ha segregado el mito del «campo» como área donde las respiraciones son sanas y afectuosas. Como todos los mitos, es equivoco. Ante los aires rurales —montaña o playa—, la opinión de los higienistas y la emotividad virgiliana se combinan para producir un tópico más. Y no me detengo en más detalles, que involucrarían los trabajos de las minas o en los marjales, y las porquerías ciudadanas del «¡Agua va!», la infección permanente de las urbes... Pongo sobre el tapete estos datos, estas alusiones, porque vale la pena disipar el prejuicio de la «novedad» del mal. Ya sé que, hoy, ni el más crispado de los ultras se atreve a proclamar aquello de que «cualquiera tiempo pasado fue mejor». El cirujano más próximo desmiente los versos proverbiales. Pero...

Si no se proclama la superior «bondad» del pasado, lo que se hace es acusar al presente «vivo»: atribuir a su dinámica inflexible unas connotaciones indecorosas. Salta a la vista que hay un designio militante de sembrar el «miedo al presente». Me temo que el «miedo» sea una reacción humana lúgubremente insoluble. De todos modos, como lo que interesa es ir tirando con las menores molestias, conviene que no admitamos más miedos que los que son imprescindibles. «Intimidados», nos convertimos en material dócil, aprovechable por cualquier puñado de violencia directiva. La vida es puro conflicto. Un conflicto, mil conflictos, cada día, imbricados y dispersos. No afirmo que sean «deseables». Puede que, en última instancia, lo sean. Sólo digo que son, exactamente, la «vida». Contra esa obviedad se levantan los partidarios de las utopías y los administradores de cementerios. Hay que tener miedo —para resignarse o para superarlo— frente a unas cuantas conminaciones físicas o morales drásticas: el tornado, el cáncer, la tiranía, la angina de pecho, la mala fe, la carretera local, el fanatismo... Son miedos elementales. A los que hay que poner mitigaciones, en la medida de lo posible. Pero los miedos «fomentados» habrían de merecer nuestra mayor repulsa. O, cuando menos, una alertada circunspección. Incluso suponiendo que la «amenaza» sea razonable —y pocas veces lo es—, lo angustioso es que se la quiera convertir en arma de ofuscación... «Amenaza? ¿para quién?... Y ¿con qué alternativas?... Habría mucho que hablar, y el casuismo sería inextricable. Pero el «miedo» nos es administrado en dosis tóxicas, asiduas, tácticas... El conflicto pide solución, y el miedo no lo es.

Joan FUSTER

¡¡ATENCIÓN!!

En LOPSANT su dinero producirá un mínimo anual del 60 por 100
Inversión y beneficios íntegramente asegurados
Información: LOPSANT. Apartado 241. Salamanca

TODOS LOS MIERCOLES
SALIDAS DIRECTAS A:
BRUSELAS y AMSTERDAM
IBERBUS. = Vergara nº 2.
Teléf. 231-08-89

¡¡HERNIADOS!!

«ODRAP», palabra que significa solidez, comodidad. Un adelanto evolutivo para los herniados es el aparato «ODRAP». Es un invento sin hierros ni flejes, sólo pesa 95 gramos, sin bultos, en traje de baño se lleva sin notarse. No se estropea aunque se bañe, por ser lavable. Con «ODRAP» la hernia irá contenida mejorando. El aparato «ODRAP» se fabrica a medida, bajo prescripción facultativa. «ODRAP», Travesera de Gracia, 10, pral. (junto Plaza Calvo Sotelo). BARCELONA. Consulte a su médico. (C. P. S. número 1322. Visitas de 10 a 1 y de 4 a 7.